



Los amores de la Princesa y Redwood.

---

## CAPITULO II

### LOS NOVIOS GIGANTES

#### I

Ocurrió en los días en que Caterham hacía su campaña contra los hijos del alimento, antes de las elecciones generales que habían de llevarle al poder en las más terribles y trágicas circunstancias, que la princesa gigante, Su Alteza Serenísima de Wesser Dreiburg, cuya alimentación temprana jugó papel tan brillantísimo en la rápida carrera del doctor Winkles, llegó á Inglaterra, dejando por algún tiempo los Estados de su padre en circunstancias muy especiales.

La princesa estaba comprometida para casarse, y aquella unión, que reconocía por causa la razón de Estado, había de constituir un suceso de importancia internacional. Ahora bien, sin saber por qué, surgieron misteriosos aplazamientos. La imaginación popular forjó una historia, y

habló mucho de ello: se dijo que el príncipe no se mostraba propicio al enlace y que había dicho que no quería ser el hazme reir de las gentes hasta aquel extremo: el vulgo simpatizó con él, y este fué el aspecto de más significación que ofrecía el asunto.

Aunque parezca mentira, el hecho fué que la princesa gigante no sabía que hubiera más gigantes en el mundo hasta que puso el pie en Inglaterra: había vivido en un medio en que la argucia es una pasión, y reserva el aire que se respira; se le había ocultado cuidadosamente todo lo referente á los gigantes, no se le dijo una palabra que despertara en ella la curiosidad de verlos, y no los vió hasta que se encontró cara á cara con el joven Redwood.

En el reino de su padre había grandes montañas, terrenos incultos que ella recorría con entera libertad. Era apasionada por las salidas y puestas de sol y por todos los grandes espectáculos de los cielos, que prefería siempre á cualquier otra distracción; pero al encontrarse entre gentes tan democráticas y vehementes en su afecto á los soberanos como los ingleses tuvo que privarse de seguir libremente sus aficiones. La gente acudía en multitudes desde lejos á verla, ya en coches, ya en trenes especiales, ya en todo género de vehículos. Los ciclistas recorrían inmensas distancias para contemplarla, y fué preciso que sa-

liera muy temprano para que la dejaran pasear en paz.

Un día en que empezaba apenas á amanecer, se encontró con Redwood. El Parque Grande, que estaba cerca del palacio en que ella vivía, se prolongaba unas veinte millas al Oeste y al Sur de las puertas de su morada. Los castaños de sus alamedas movían gallardamente sus copas sobre la cabeza de la princesa, y cada uno parecía multiplicar sus flores al paso de la joven. Durante un rato se contentó con verlos y aspirar el aroma que le ofrecían; pero, por fin, no pudo resistir á la tentación de escoger y cortar unas ramas.

Tan preocupada estaba en aquella operación que no echó de ver la presencia del joven Redwood hasta que éste se encontró muy cerca de ella. La princesa iba de castaño en castaño, en tanto que se le acercaba el amante que le estaba destinado, sin prever ni sospechar su presencia. Con las manos hundidas en el espeso follaje, rompía y recogía las ramas. Se creía sola en el mundo, y cuando levantó la vista, se encontró con su pareja.

Tenemos que poner nuestra imaginación á la altura del joven para concebir la belleza que él contempló. La magnitud que á nosotros nos hubiera hecho retroceder, no existía para él. Vió ante sus ojos una muchacha llena de gracia; el primer ser humano que pudiera servirle de com-

pañera. Esbelta y arrogante, vestida con ligera ropa, las brisas del día naciente parecían moldear con los pliegues del vestido los acentuados y al mismo tiempo suaves contornos de la gentil figura, que llevaba en las manos un montón de ramas de castaño en flor. El cuello de su entreabierto vestido dejaba ver la blancura de la garganta y la sombra de una suave redondez que desaparecía hacia los hombros. La brisa se había apoderado de unos bucles del cabello y azotaba con aquel mechón castaño obscuro sus redondas mejillas. Los ojos eran grandes y azules, y los labios parecían estar prometiendo sonrisas en tanto que la joven cogía las ramas.

La princesa se volvió con rapidez y miró á Redwood; durante un rato permanecieron mirándose ambos jóvenes. Para la muchacha la vista del mancebo fué tan sorprendente, tan maravillosa, que le resultó durante los primeros momentos hasta terrible. El se le acercó como quien ve una aparición sobrenatural; y se acercó rompiendo todas las leyes establecidas en el mundo en que había vivido.

El joven tenía á la sazón veintiún años; era gallardo, moreno como su padre, y con toda la seriedad de éste. Iba vestido con un traje castaño obscuro, de género muy suave; traje ajustado y cómodo, que hacía resaltar su varonil apostura. La cabeza la llevaba descubierta, como siempre.

Quedaron mirándose, atónitos, sin dar crédito á sus ojos, y con el corazón latiendo violentamente. Aquel momento, el más importante de la vida de ambos, fué imprevisto, casual, sin más preparativos que la casualidad.

Redwood sintió menos sorpresa; y á pesar de que había presentido y buscado á la princesa, su corazón latía violentamente.

Se acercó á ella despacio y mirándola.

—¿Es usted la princesa? — la dijo. — Mi padre me ha hablado de usted y me ha referido que se crió con el alimento de los dioses.

—Sí, soy la princesa — le contestó la joven.— Pero usted, ¿quién es?

—Yo soy hijo del que inventó el alimento de los dioses.

—¡El alimento de los dioses!

—Sí, el alimento de los dioses...

—Pero...

En el rostro de la joven se pintó la duda.

—No le comprendo á usted... ¡el alimento de los dioses! ¿qué viene á ser eso?

—Pero ¿es que no ha oído usted hablar nunca de ello?

—¿Del alimento de los dioses?... No, jamás, ¿quiere usted decir que?...

El esperó á que continuase.

—¿Quiere usted decirme con eso que hay más gigantes?

El joven contestó:

—Sí, ¿pero es que usted no lo sabía?

—No — repuso la princesa con creciente admiración.

El mundo y toda su significación cambiaron para ella en aquel instante: de entre las manos se le cayó una rama de castaño, y dijo, como atribulada:

—¿Pero es verdad lo que usted me dice? ¿es verdad que haya más gigantes en el mundo, y que ese alimento?...

El joven, comprendiendo su admiración le contestó:

—¿Y usted sin saberlo, sin haber oído hablar de nosotros, usted, á quien el alimento ha hecho de los nuestros, de nuestro mundo?

Los ojos de la princesa expresaban todavía estupor, y murmuró:

—No, no.

La pobre joven temió desmayarse ó que iba á romper á llorar, pero se dominó y pudo discurrir y hablar con claridad.

—Me han ocultado todo eso — dijo, — y me parece un sueño, porque yo he soñado eso mismo; sí, lo he soñado; pero al despertar... No: cuéntemelo todo. ¿Quién es usted? ¿qué alimento es ese de que me habla? Dígamelo todo, despacio y con claridad. ¿Por qué me han ocultado que no era yo sola? Hable usted.

El joven se sentó junto á la princesa, y con voz trémula y conmovida le refirió todo lo relativo al alimento de los dioses y á las cosas y personas gigantes que iban esparciéndose por el mundo.

## II

El relato que hizo á la giganta princesita el hijo de Redwood, fué truncado muchas veces por las pausas que ambos jóvenes hicieron. Puede el lector figurarse lo sofocados y conmovidos que ambos estarían y cómo tratarían de penetrar y descubrir mutuamente sus impresiones y sus ideas con frases cortadas y oídas á medias, y con exclamaciones; conversación admirable que abrió los ojos á la princesa y la sacó de la ignorancia en que estaba. Ella fué comprendiendo poco á poco que no era una excepción sino un miembro de la diseminada familia de gigantes que, por haberse nutrido con el alimento, había traspasado los mezquinos límites de la gente que bullía á sus pies.

Redwood le habló de su padre, de todos sus hermanos esparcidos por el mundo y de la aparición de ideas más gigantescas aún que habían invadido al mundo.

—Aun estamos al principio — dijo, — y el mundo actual no es más que preludio del que

vendrá con el alimento: mi padre cree, y yo opino como él, que llegará un tiempo en que lo pequeño desaparecerá por completo del mundo de los hombres, y en que los gigantes andarán por él con entera libertad porque será suyo, será nuestro mundo, y hemos de ser los que en él hagamos cosas grandes y espléndidas. Pero eso pertenece al porvenir. Ni siquiera somos nosotros la primera generación: ¡somos los primeros experimentos!

—¡Y que no haya sabido yo nada de esto!— exclamó la princesa.

—En ocasiones me parece que hemos venido demasiado pronto. Pero alguien tenía que ser el primero. El mundo no estaba preparado aún para nuestra venida y para la de otras cosas que derivan su grandeza del alimento de los dioses. Ha habido torpeza y conflictos: la gente pequeña odia nuestra especie; es dura con nosotros porque ella resulta mezquina... ¡y porque nuestros pies pesan sobre cosas que son para ella la vida! Sea lo que quiera, ello es que nos odian y no pueden ver á ninguno de nosotros: únicamente si pudiéramos reducirnos á su tamaño normal consentirían en el perdón... Son dichosos viviendo en casas que á nosotros nos resultarían prisiones; sus ciudades son harto pequeñas para nosotros; andamos con dificultad por sus caminos, y no podemos rezar en sus templos... Nosotros miramos por encima de sus murallas y por las ventanas altas de sus ca-

sas; vemos todas sus costumbres, y sus leyes sólo sirven de red para nuestros propósitos... Cuando damos un traspiés, les oímos gritar; y lo mismo cuando rebasamos sus límites ó cuando tratamos de emprender cualquier cosa. Nuestro pausado andar les parece carrera vertiginosa, y todo lo que para ellos es grande y admirable, para nosotros es cosa de juguete, habitaciones de muñecas. Su mezquindad de método, de aplicación y de imaginativa, resiste y destroza nuestras fuerzas. No hay máquinas que se opongan á la fuerza de nuestras manos, ni objetos á propósito para nuestras necesidades. Ellos han puesto nuestra grandeza en servidumbre con millares de lazos invisibles. Somos más fuertes, cien veces que ellos, hombre por hombre, y eso que estamos desarmados; pero nuestra propia grandeza nos hace acreedores suyos; ellos reclaman como propia la tierra que pisamos, ellos nos tasan la cantidad de alimento y el terreno que necesitamos para vivir... ¡Y para todo esto hemos de trabajar con los instrumentos que saben hacer esos enanos! Ellos nos tienen, además, sujetos de mil modos. Para respirar, necesitamos traspasar sus linderos; para poder encontrarla á usted, he tenido que cruzar por sus tierras... De todo cuanto puede hacernos llevar la vida, saben ellos construir diques para nosotros: no nos dejan que entremos en sus ciudades, ni que pasemos por sus puentes, ni que

pisemos sus campos labrados, ni que entremos en sus cotos de caza. Me han separado por completo de todos mis hermanos, excepto de los hijos de Cossar, y aun el camino que lleva á donde viven éstos lo van estrechando de día en día... Me entran tentaciones de pensar que buscan la ocasión de causarnos algún daño.

—Pero nosotros somos los fuertes — interrumpió ella.

—Sí, lo somos. Sentimos nuestro poder dentro de nosotros mismos. Usted también debe sentirlo... Sí, tenemos poder para hacer grandes cosas, poder que se revela en el fondo de nuestro ser... ¡Pero hasta que podamos realmente hacer algo!...

El gigante Redwood extendió la mano que parecía barrer todo un mundo.

—Aunque yo creía que estaba sola en la tierra, he pensado en todo esto muchas veces. Pero me dijeron que tener fuerza era un pecado, que valía más ser pequeño que grande, y que toda religión consiste en amparar y sostener á los pequeños y á los débiles, en ayudar á su multiplicación, y en sacrificar las fuerzas que uno tiene en su provecho... Pero la vida que había dentro de mí me ha demostrado otra cosa algo mejor...

—Sí, esta vida que tenemos, y estos cuerpos, no se han hecho para la muerte — replicó el joven.

—No — afirmó ella.

—Ni para vivir ocupados en pequeñeces. Claro es que si no nos resignamos á ellas, de sobra sabemos que vendrá el conflicto... ¡No sé qué amargo conflicto sobrevendrá si las gentes pequeñas se empeñan en no dejarnos vivir como necesitamos hacerlo! Ya han pensado en eso nuestros hermanos. Y á Cossar, de quien antes he hablado á usted, también le preocupa esto.

—Son muy pequeños y muy débiles.

—A su manera. Pero ya sabe usted que todos los medios de dar muerte están en sus manos y han sido fabricados á propósito para ellos. Cientos de miles de años, esa gentecilla cuyo mundo hemos invadido, ha estado estudiando el medio mejor de aniquilarse matándose los unos á los otros, y se ha adiestrado mucho en ello y en otras habilidades por el estilo. Saben además cambiar de casaca á tiempo y engañar siempre que les conviene. El conflicto se acerca, no sé por qué, aunque para usted la cosa tal vez sea diferente. Para nosotros llega, con toda seguridad, lo que ellos llaman «la guerra»; lo sabemos y nos preparamos en cierto modo para ella; pero como son tan pequeñitos, no sabemos como matarlos, además que, de otra parte, no queremos tampoco que mueran.

—Mire usted — exclamó la joven interrumpiéndole.

Se oyó el sonido de una pequeña trompeta. Redwood se volvió hacia donde le indicaban

los ojos de la princesa y distinguió un automóvil de color amarillo muy fuerte con su *chauffer* y sus viajeros envueltos en pieles, cuyo carruaje trepidaba, chocaba y silbaba como si estuviera rabioso, contra el tacón de un zapato del gigante. Este separó el pie y el automóvil salió enseguida disparado y dando resoplidos por la carretera en dirección de la ciudad.

—¡Obstruyendo el camino!

Tales fueron las palabras que llegaron hasta el joven: luego dijo uno de los viajeros:

—¡Ahí está la princesa monstruo!

Todos volvieron la cabeza para mirarla.

La princesa dijo á su acompañante:

—La verdad es que no se puede imaginar nada más chocante.

—¡Que no le hayan dicho á usted nada!... — añadió el joven sin atreverse á terminar la frase.

—Hasta que he encontrado á usted he vivido en un mundo en que me creía grande yo sola, y por eso me había formado una vida á mi modo y me creía víctima de algún extraño capricho de la Naturaleza; pero hoy, en el espacio de media hora ha desaparecido el mundo que yo imaginaba y veo otro diferente, apropiado, con perspectivas amplísimas, compañerismo...

—Sí, compañerismo — le replicó el joven.

—Siento necesidad de que me cuente usted más, mucho más aún. Lo que ahora me sucede va



á pasar por mi espíritu como un cuento, y es posible que algún día crea en usted. Ahora me parece que sueño... Escuche usted.

El reloj de palacio dió la primera campanada de las siete.

—Esta es la hora en que debo volver á casa: ya me estarán preparando el desayuno en la galería donde duermo: mis pequeños empleados sirvientes andarán ya con sus quehaceres microscópicos: no puede usted formarse idea de la gravedad con que desempeñan sus funciones.

—Supongo que estarán atónitos... pero el caso es que necesito hablar con usted.

—Ella se quedó pensativa, y contestó:

—Sí; pero el caso es que necesito reflexionarlo, pensar yo sola y darme razón exacta de este cambio de cosas: necesito creer en que huelga la anterior soledad y pensar en usted y en los demás que han entrado en mi mundo. Despidámonos ahora y volvamos á encontrarnos aquí mañana al amanecer.

—La esperaré á usted.

—Voy á pasar el día entero pensando en ese mundo nuevo que usted me ha descubierto: apenas si puedo pensar ahora en...

La joven retrocedió un paso y examinó á su interlocutor de pies á cabeza: encontráronse las miradas de ambos y trataron de profundizarse durante un momento: cada cual vió en el otro un

semblante alegre y enrojecido por la emoción, pero dulce y tierno como si el sentimiento lo mudara.

—Sí — exclamó la princesa riendo y profundamente conmovida, — es usted un ser real; ¡pero lo encuentro todo tan extraño! ¿lo cree usted de veras? ¿es todo realidad? Supongamos que vengo yo mañana y que lo encuentro á usted tan pigmeo como son los demás... Necesito pensarlo. En cuanto á mañana, hagamos lo que hace la gente diminuta.

Y extendió el brazo... y por vez primera se unieron y se estrecharon con efusión dos manos de gigantes... y los inmensos ojos de ambos volvieron á encontrarse.

—Adiós — dijo ella, — adiós por hoy, adiós hermano gigante.

El vaciló como si quisiera decir algo, pero se contentó con responder:

—Adiós.

Permanecieron algunos momentos asidos de las manos y los ojos clavados los unos en los otros como si quisieran llevarse grabada mutuamente la impresión en sus cerebros. Y, aún después de despedirse y de separarse, la princesa volvió la cabeza muchas veces, y vió al gigante fijo en el sitio donde se habían encontrado.

La princesa se fué, por fin, á sus habitaciones,

á través del gran patio del palacio, como una sonámbula, y con una gran rama de castaño en flor, que se le había caído de la mano y que llevaba enganchada entre los pliegues del vestido.

## III

La pareja volvió á verse catorce veces antes del principio del fin. Se citaban en el parque grande ó en los altos y en las gargantas de los brezales pantanosos cubiertos de pinares que se extendían hacia el Sudoeste. Dos veces se encontraron únicamente en la alameda de los castaños, y otras cinco junto al extenso lago que el rey, su bisabuelo, había hecho construir. Allí había un césped admirablemente cuidado, por entre el cual se elevaban altas coníferas, cuyos bordes tocaban la margen del agua, donde la princesa acostumbraba á sentarse mientras el joven, echado á sus pies, la contemplaba embebecido y hablando continuamente, refiriéndole todo lo pasado, la labor que su padre le había impuesto y los grandes y magníficos planes que debían transformar el pueblo en ciudad gigante andando el tiempo. Comúnmente celebraban sus entrevistas en las primeras horas de la mañana. Pero una tarde se les ocurrió verse y tropezaron con que, de pronto, los rodeó multitud de curiosos, velocipedistas y paseantes,

que, escondidos entre los arbustos, trataron de sorprenderles la conversación; aquellas gentes se les acercaban haciendo crujir las hojas secas como suelen hacerlo los gorriones entre los matorrales de los parques, escondiéndose y ocupando las barcas del lago para acercarse al sitio en que los amantes mantenían su interesante coloquio.

Aquel fué el primer toque de atención que les hizo comprender el grande é inmenso interés con que la gente acechaba sus entrevistas. Una vez, y era ya la séptima de estas y la que precipitó el escándalo, salieron á verse á la luz de la luna, entre los brezos, y estuvieron hablándose en voz baja bastante tiempo, gozando una noche templada y luminosa.

Ya habían hablado de cosas generales, es decir, de aquellas que se referían al mundo gigante que se había de formar con ellos y á la lucha inmensa entre lo grande y lo pequeño en que debían de tomar parte, y luego pasaron á tratar cuestiones más personales, de mayor interés y trascendencia. Cada entrevista que tenían y cada mirada acariciadora que se dirigían, iba convenciéndoles más de que entre ambos existía algo mucho más tierno y admirable que la amistad, algo que los atraía y unía sus manos insensiblemente.

Muy pronto supieron el nombre de ese algo, y se sintieron amantes: se sintieron el Adán y la Eva de una nueva especie humana.

Y así emprendieron juntos el camino, lleno de encantos, del valle del amor, por silenciosos y profundos lugares. Al cambiar de modo de ser, cambió también el mundo para ellos, hasta que llegó á ser el santuario encantador de sus amores, donde las estrellas eran como flores luminosas, y el alba y la caída del sol como cortinajes espléndidos de brillantes y variados matices que embellecían su paso por la tierra. Dejaron de ser criaturas de carne y hueso el uno para el otro, y para sí mismos, y se convirtieron sus cuerpos y sus almas en una mezcla de ternura y de deseos. Dieron al amor, en un principio, sus silenciosos cuchicheos, y luego le envolvieron en el silencio, acercándose y contemplándose absortos, alumbrados por la luna y cubiertos por la infinita bóveda de los cielos. Los altos pinos les rodeaban misteriosamente, á manera de centinelas. Aquella noche no se dieron cuenta de la velocidad con que pasaban las horas para ellos; el universo parecía inmóvil; sólo sus corazones se oían latir con violencia: les parecía vivir unidos en un mundo donde no hubiera muerte. Y, en efecto, así era para ellos. Creían que habían sondeado las profundidades y al sondearlas llegaron á encontrar mágicos esplendores escondidos en el mismo centro de los corazones, tan magníficos como no los había encontrado nadie anteriormente. Hasta para las almas mezquinas y bajas puede ser el amor la revelación de tales esplende-

res; y aquellos seres no tenían almas pequeñas, ni mezquinas; eran amantes colosos que habían comido del alimento de los dioses.

Puede imaginarse la consternación que se produjo en aquel mundo ordenado cuando empezó á saberse que la princesa, prometida de un príncipe, alteza serenísima por cuyas venas corría sangre real, tenía citas y celebraba entrevistas frecuentes con el hijo hipertrofiado de un vulgar catedrático de Química, un ente que carecía de rango, de posición, de riqueza: cuando se supo que los jóvenes se trataban como si no existieran reyes, ni príncipes, ni gerarquías sociales, como si sólo hubiera gigantes y pigmeos, y cuando se conoció que la princesa trataba al monstruo galán como á un novio...

—¡Si los periodistas lo supieran! — exclamó azorado un funcionario de alta jerarquía.

—Me han dicho... — murmuró en voz baja el provento obispo de Frumps.

—Ya hay por arriba nuevas historias — masculló el primer encargado de la servidumbre pellizcando los postres, — por lo que voy viendo, esa princesita gigante...

—Dicen... — exclamaba la viejecilla, que en la puerta del palacio vendía billetes para ver las habitaciones regias.

Y después:

—«Nos autorizan para negar...» — decía Picaroon en el *Gossip*.

Y así, con dimes y diretes, se fué descubriendo todo.